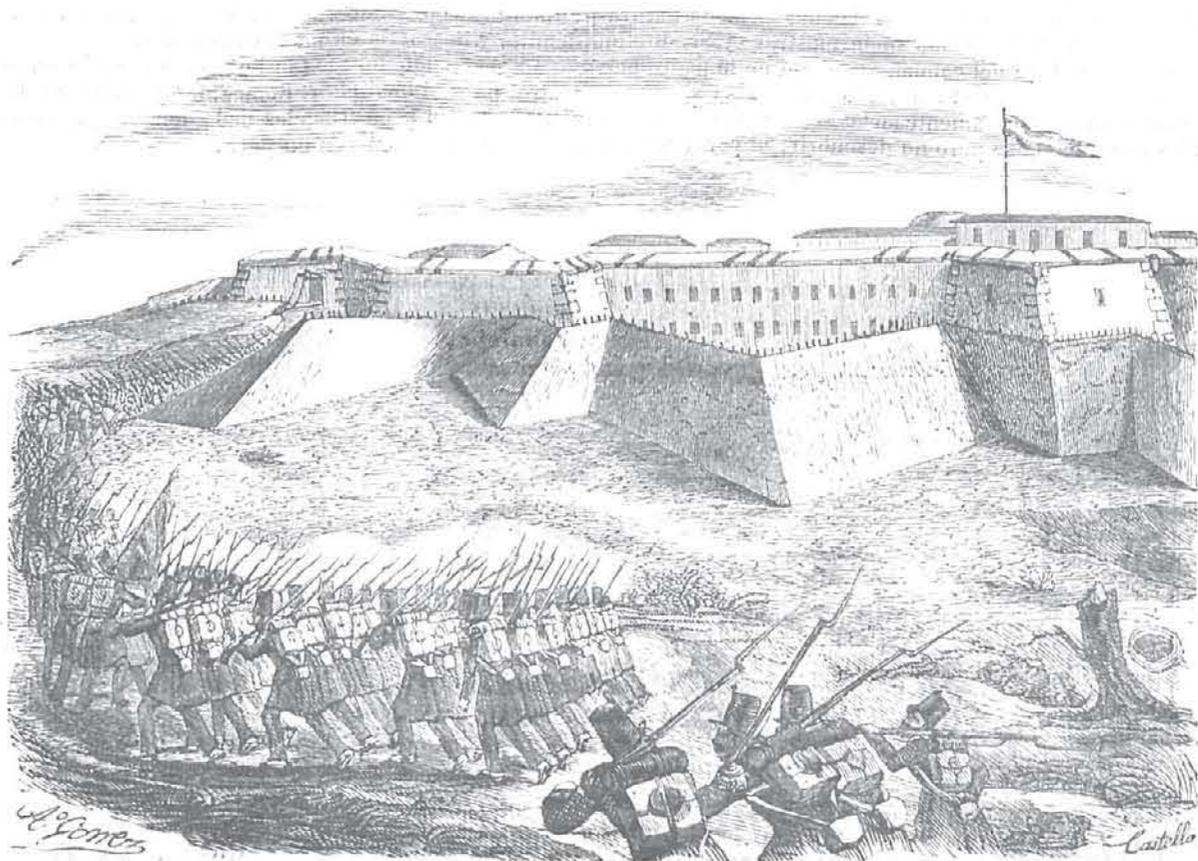


artillería al convento de San Gerónimo, como se hizo después á pesar de la justa, razonada y firme re-

un jefe de superior graduación: salió Prim en busca de Ametller, con un puñado de valientes y ahuyentó sus fuerzas del pueblo de S. Andrés y de Mataró y de Gerona, donde se firmó una capitulación, en virtud de la cual, las gentes de Ametller debían entregar las armas en el castillo de Figueras. So pretexto de si las tropas de Prim habían ó no pasado el río contra lo expresamente pactado, se negó Ametller á abandonar el castillo; amontonó allí provisiones y

se aprestó á una larga resistencia. Fiado en lo inexpugnable del castillo, se ha sostenido allí un día y otro día á pesar de la declaración de la mayoría de la reina, y después de la rendición de Barcelona, y de ser la junta central una causa á la que no iba unida la esperanza mas remota. Por último, ratificada una capitulación el 12 de enero, al siguiente día evacuó la fortaleza é hizo en ella su entrada triunfal el baron de Meer á la cabeza de sus tropas.



Prim y Ametller se profesaban hace pocos meses fraternal cariño: el funesto influjo de las discordias intestinas les ha dividido hasta el extremo de pelear en opuestos bandos: semejante idea bastaría á desgarrar el corazón mas frío é indiferente, si no miti-

gára algun tanto este desconsuelo la próxima esperanza de que en nuestro país cese la lucha de las pasiones, para ceder el puesto á la discusión de los principios.

sistencia que opuso el Excmo. Sr. duque de Zaragoza. Es de creer que en el día se atiendan sus reclamaciones y que vuelvan las cosas á su antiguo estado, activándose la conclusion de la obra, y abonando al establecimiento los atrasos que sufre. Si esto se realizase no dudamos que la actividad, el celo y la perseverancia del general Palafox lograrían dar apariencias de cuartel á lo que hoy la tiene todavía de convento.

A. FERRER DEL RIO.

RENDICION

DEL

CASTILLO DE FIGUERAS.

Aun no consolidada la situación después del alzamiento de julio vino á complicarse con el grito de junta central lanzado en Barcelona: á él respondieron algunos puntos de Cataluña y entre ellos la inexpugnable fortaleza de S. Fernando de Figueras. Iban reuniéndose tropas en torno de la capital del principado para reducir á la obediencia á los trastornadores del orden público. Con este fin salió Ametller de Zaragoza á la cabeza de una division de tres mil hombres: su antiguo amigo Prim conservaba la ciudadela y se había apoderado de la Barceloneta á viva fuerza: contra lo que muchos esperaban tuvo Ametller por conveniente adherirse á los partidarios de la junta con los pocos de los suyos que quisieron seguirle, y se metió en Barcelona á principios de setiembre. A los pocos días se dirigió al Ampurdan con la idea de sublevarle en masa: por esta vez le salieron fallidos sus cálculos. Después que se hubo encargado del mando

Estériles han sido los últimos quince días del mes en sucesos de cualquier clase dignos de fijar la atención del público, pues ni la prensa ni los teatros han dado sino escasas muestras de vida y aun esas no muy robustas.

En el teatro del Principe por ejemplo se ha presentado la comedia en prosa del Sr. Breton titulada *La Independencia!* que ha encontrado en el público acogida mas que fria. Sabida cosa es (á lo menos para nosotros) que el autor de *Marcela* y *No ganamos para sustos*, no se distingue ni por el esmerado dibujo de las figuras, ni por la inventiva y composicion de sus cuadros. A fuer de colorista hábil, sin embargo, la gracia y viveza de sus tintas, la maestría en el claro-oscuro, la bella degradacion de matices y sus risueños fondos hacen olvidar mas de una vez ó por mejor decir casi siempre los pecados que frecuentemente comete contra los preceptos fundamentales que forman el decálogo del arte. La fluidez de los versos con que este fácil autor sabe engalanar sus creaciones; la flexibilidad con que se acomoda á las exigencias de su diálogo cualquiera que sea la variedad é imperiosas condiciones que le imponga; la posesion de la lengua y el sentimiento íntimo de la armonía en todo lo que pertenece á la expresion, son cualidades que mal pudieran negarse al Sr. Breton, á menos de cerrar los ojos á la luz de la sana critica. Por ligeros visos de verdad que hubiera en esta opinion que aquí asentamos después de un maduro examen del genio de este poeta, cualquiera se convencería de que solo una fatal inspiracion podría haberle sugerido la idea de hacer una comedia en prosa. El autor ha desdeñado herir y sojuzgar la imaginacion del público con la magia de sus colores, y ha preferido dirigirse á su razon y arrostrar un examen razonado y frio, ni mas ni menos que si Jordan arrojando su paleta, se hubiera ceñido al lapiz. La lu-

cha era desigual y por fuerza ha tenido que salir mal parado de ella, porque para sostenerla airoosamente, se necesitaba percepcion mas clara de la índole filosófica del arte y mayor severidad de estudio en la ejecucion. El público que arrullado por la música siempre espontánea y característica de la versificacion, ha disimulado gustoso varios lunares y aplaudido estrepitosamente otras indisputables bellezas, no ha podido ocultar al autor su desagradable sorpresa viéndose defraudado de una esperanza que con razon puede calificarse de legítima, ni sufrir con ánimo igual transicion tan áspera y repentina, pues si el adjetivo de *vil* que se ha aplicado mas de una vez á la prosa en semejantes casos, no siempre es justo, le cuadra con cabal exactitud, si se compara á la versificacion del Sr. Breton.

Como en nuestro entender esta circunstancia es la que mejor explica el éxito poco favorable que ha tenido la pieza, por eso nos hemos detenido en ella: por lo demas no faltan en la comedia otros defectos que señalar así en cuanto al pensamiento fundamental, como en cuanto á los caracteres y la marcha de la accion. Los trabajos que suceden al *independiente* pudieran haber sucedido muy bien á quien no tuviera semejante aficion. Otro ridículo mas profundo puede hallarse, en nuestro entender, en una idea que por apartarse del orden natural de las cosas humanas, forzosamente tiene que llevar en si misma y sin mezcla de coincidencias irremediables y estrañas, su dosis de contrariedad y de castigo. Cabalmente en el hogar doméstico que es el campo cuerdateamente escogido por el autor, es donde los *independientes* encuentran á cierta edad mayor número de perances é incomodidades, y seguramente no era necesario ir á buscar en la infidelidad de una criada, ni en los acechos de la policía contratiempos que sin su ayuda se entran por las puertas. Así es que desnatura-

lizada la situación, la moralidad y enseñanza que pudiera sacarse de ella se desnaturaliza y tuerce también.

En cuanto á los caracteres fuerza es decir que el del protagonista y la doncella Isabel están imaginados con gran nobleza y excitan la simpatía, si bien el segundo dista infinito de la expresiva individualidad del primero, y adolece de cierta debilidad é indeterminación que perjudica á su efecto y aun tal vez á su verosimilitud misma. Así y todo es una figura llena de frescura y agrado, pero las demás que la rodean si son verdaderas, se refieren á un tipo que no realza por cierto la naturaleza humana. Poca afición suele mostrar el Sr. Breton á la gente y vida del campo, y de eso no le pediremos cuenta, por más que el amor á la naturaleza y á la soledad sea muy comúnmente en las artes manantial de nobles inspiraciones; pero no descubrir, ni por acaso, la

sencillez bajo la aspereza y el candor bajo la rusticidad, y añadirle además los vicios de la corrupción social, parece que no revela conocimiento muy profundo del corazón humano. Fuera de esto los ridículos políticos de la época están habilmente aprovechados y el ama de gobierno tiene rasgos de admirable maestría y fuerza cómica que harían honor al más eminente poeta cómico. Chistes hay muchos sembrados por toda la pieza, aunque no todos de los mismos quilates, y el diálogo tiene buena y esta dición.—La marcha del argumento firme y derecha en los dos primeros actos se debilita y descarría en los dos restantes.

La ejecución no fue tan buena como suele en este teatro, pues si bien el Sr. Romea, las Sras. Díez y Llorente y aun el Sr. Fernandez nada dejaron que desear, los demás desigualaron no poco.

lunar más general de la pieza, pero el del protagonista está trazado con esmero. En una palabra, si la tragedia del Señor Díez no revela gran originalidad ni nervio, si en las formas hay cierto desaliño y la dición poética decae algunas veces, no falta en ella ni sensibilidad, ni detalles bien sentidos, ni dulzura en la versificación, ni toques delicados, ni instintos artísticos finalmente.

La ejecución fue esmeradísima por parte del Señor la Torre, cuyo papel se avenía perfectamente con su carácter y hacia más disimulable el defecto de espontaneidad que muchas veces se echa en cara á este actor: la Sra. Lamadrid (Doña Bárbara) también comprendió satisfactoriamente el suyo. Los demás anduvieron bien poco acertados en el desempeño de los suyos.

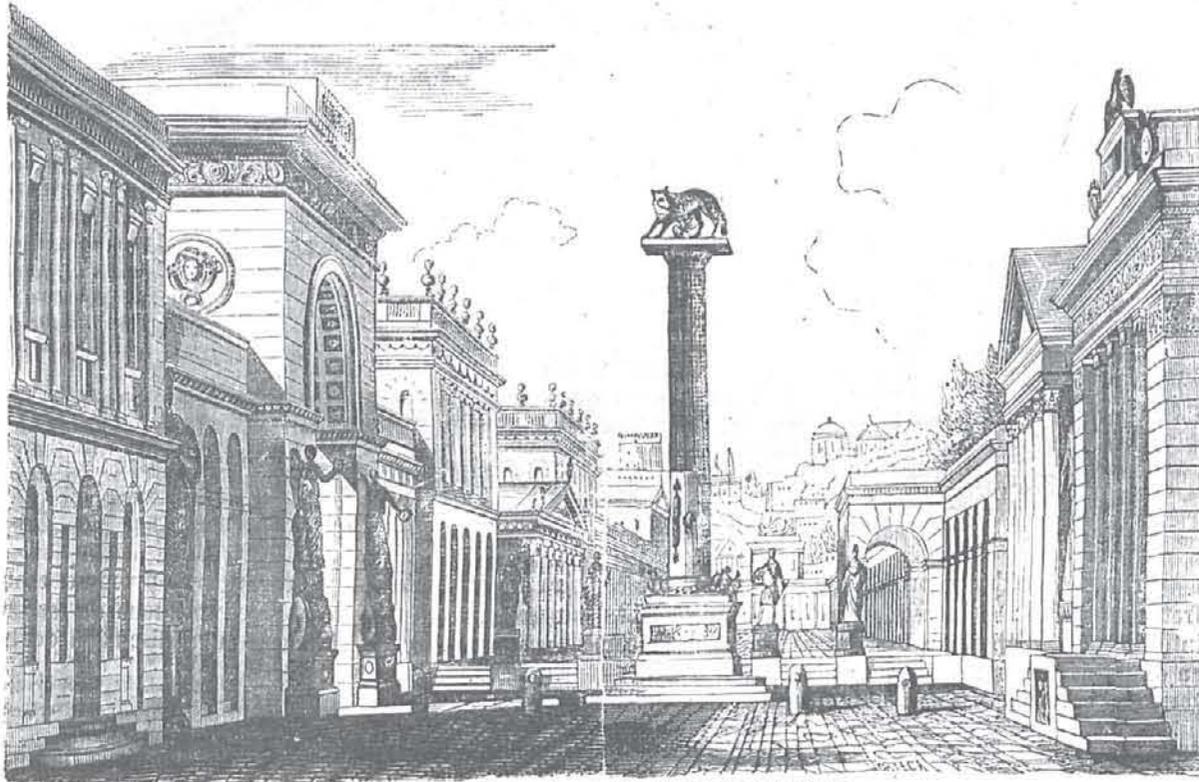
En la noche del 17 S. M. la Reina Doña Isabel II, y la Princesa su augusta hermana honraron con su presencia el baile fantástico del *Lago de las Hadas*. S. M. prestó la mayor atención durante todo el espectáculo, é hizo saber á la Señora Guy Stephan por medio del empresario su deseo de que repitiese el paso de la pandereta que tan espontáneos aplausos ha arrancado siempre á la concurrencia. La graciosa bailarina recibió como una orden la indicación de S. M., según era de esperar del delicado favor que recibía.

Al día siguiente se encontró con un recado de la Señora Marquesa de Santa Cruz para que pasase á su habitación á enterarse de un mandato de S. M. La Señora Guy Stephan que á semejanza de la Dama del *Ensueño* de Lord Byron, aunque con distinta fortuna, ha sido durante tantas noches la verdadera «reina de un reino fantástico» acudió al llamamiento de la Camarera de S. M. y recibió de sus manos un magnífico alfiler de brillantes con que la Reina recompensaba el mérito de nuestra primer bailarina, distinción honrosa no menos para la agraciada, que para la real municipalidad de donde dimanaba.

No es esta la sola muestra de agrado y benevolencia dispensada á la Señora Guy Stephan, pues en el martes 23 la recibió S. M. en audiencia particular y le significó lo complacida que había quedado de la representación del *Lago de las Hadas*. S. M. habló en francés con gran soltura á la célebre *Giselle*, que por su parte le dió las gracias por las pruebas de bondad y distinción que le prodigaba, y besó la real mano.

Satisfecha deberá salir de España la famosa bailarina. Si en San Petersburgo el emperador mismo trocaba el ramo de flores de la *Tagliani* en uno de oro y pedrería, también en España desde las clases ínfimas de la sociedad hasta la régia persona han competido todos en prodigar á la Señora Guy Stephan testimonios no solo de la cortesía caballeresca que adorna las páginas de nuestra historia sino pruebas las más cordiales y sinceras de simpatía. El trono ha venido á dar por último el realce de su brillo al aplauso popular, y á poner de manifiesto que si el verdadero mérito pertenece á todos los países, en ninguno encuentra patria más cariñosa que en nuestra dulce España.

También se ha presentado en este coliseo últimamente el drama traducido del francés con el título de *El Libelo*. Es una desventurada obra que no merecía los honores de la traducción aunque con ella nada ha ganado; pero como para que le sirviese de contraveneno pusieron detrás de ella la picecita de costumbres andaluzas *Ya murió Napoleón!* de D. Manuel Santana, joven desconocido al público de la capital y que promete en este vivo y animado género. La pieza está escrita con facilidad y esmero: el colorido es verdadero y los incidentes están manejados con tino, si se exceptúa aquello de la cuerda, propio más bien de la grosería del entremés que del gracejo del sainete. También hay algo de disonante en ciertos rasgos sentimentales de la maja poco dramáticos además. Fuera de esto repetimos que se ven felices disposiciones en la primera obra que el público madrileño conoce de este joven autor cuyo talento es un deber de la crítica el animar.—La ejecución de parte de la señora Díez fué como siempre: es decir, llena de gracia y de donaire. Los demás anduvieron también bastante felices, aunque el señor Sobrado caracterizó friamente el rasgo histórico de *Ya murió Napoleón!* último encarecimiento de la faufarronada andaluza.



JUNIO BRUTO.—Decoración nueva, pintada por el Sr. Abrial.

En la Cruz ha asistido el público á la representación de la tragedia titulada *Junio Bruto*. Dificultades muy grandes había para hacer interesante un argumento de esta naturaleza, distante de nosotros cuanto puede estarlo de la nuestra, la edad á que pertenece; y no era la menor de todas haber de sufrir el parangón con otros poetas ilustres que ya de antemano han tratado el mismo asunto: así es que las más graves han quedado por vencer.

No insistiremos en lo árduo de una empresa que se dirige á resucitar sentimientos muertos con la sociedad que animaban, y que se fundaban en una organización moral y religiosa de todo punto contraria á la nuestra; no insistiremos en la diferencia que presentaba la libertad antigua hija de la virtud y severidad de las costumbres, de la moderna que se funda en las luces y la reflexión: por ahora solo queremos dar á entender los obstáculos con que es fuerza tropezar al manejar asuntos de esta clase. En nuestro modo de ver la antigüedad solo debe representarse «clásicamente» poniendo en las formas el cuidado más esquisito, en la ejecución la severidad más extremada, y en la proporción y disposición de las partes la más cabal armonía, pues por lo mismo que es ya una estatua inanimada y que los movimientos de la vida no pueden encubrir sus defectos, debe ser su estudio más característico y acabado. Para comunicarle el soplo de la existencia no basta la inspiración del genio por sí sola. Genios eran Calderón y Shakespeare, pero el Coriolano de *Las Armas de la hermosura* es un caballero español del siglo diez y siete, mientras el Coriolano del dramático inglés, casi fundido en el gran molde de Plutarco es el verdadero retrato del héroe de Corioli. Dificultad ofrece sin duda el desprenderse de los hábitos de nuestro entendimiento, de la mayor suavidad de nuestras costumbres, y de las tendencias espirituales y tiernas que el cristianismo ha impreso en nuestro corazón; pero ¿qué tienen que ver con la indole

de la austera y adusta Roma las blanduras de la moderna poesía? ¿cómo sentir profundamente cosas que de tal modo se apartan de las que vemos?

Esta es la falta capital á nuestro juicio de la tragedia de *Junio Bruto*. Alfieri con su gran genio no pudo hacer una obra popular en su *Bruto Primo*, aunque se ciñó infinitamente más que el señor Díez á la verdad histórica; pero en el monumento del sublime trágico italiano hay tanta corrección y tan noble y elevado artificio, que si el pueblo no se siente inspirado con él, el sabio nada encuentra que echarle en cara. El señor Díez que tan de cerca le ha imitado en varias escenas y movimientos teatrales, se le ha quedado muy atrás en esto, pues las líneas de su obra son inciertas, aunque el paisaje muchas veces melancólico y bien trazado que la rodea, ayude á disimular el escaso vigor y atrevimiento de sus contornos. *Bruto* como padre, está más al alcance del público: como ciudadano, si en sus hechos no, por lo menos en su espíritu apenas tiene semejanza con el cónsul de aquel periodo de la historia heroica y probablemente fabulosa de Roma.

La acción está bien preparada y conducida, aunque á costa de rebajar un suceso que de por sí solo constituye una magnífica tragedia; la muerte de Lucrecia de que tan noble intérprete ha sido recientemente Ponsard. La introducción de la hija de Tarquino, resorte ya tocado por Voltaire está bien traída y se acomoda perfectamente á nuestros hábitos dramáticos. Los dos últimos actos son imitación bastante ajustada de los de Alfieri, y las galas de este poeta están usadas y repartidas con tino. Diganlo entre otras cosas aquellos versos de:

Altra migliore.
Piu non rimane all'infelice Bruto.
Fuorché il foro é la tomba.

Los caracteres adolecen de cierta languidez que es el

